

verdad⁽¹⁾. A la toma de Viseo siguió algunos meses despues la de Lamego, ciudad situada cerca del Duero, y tenuta por casi inexpugnable en razon á sus elevados muros. Nada arredró á los castellanos y leoneses, y abierta brecha en aquellas altísimas murallas, posesionáronse de la ciudad matando y cautivando segun costumbre. Lo mejor de los despojos fué de orden del piadoso monarca⁽²⁾ destinado al servicio de las iglesias y «de los pobres de Cristo,» segun la espresion de la crónica⁽²⁾.

Alentado Fernando con estos triunfos, concibió el proyecto de apoderarse de Coimbra. Era Coimbra la ciudad mas importante y como la capital de todas aquellas posesiones musulmanas. Para prepararse á tan gloriosa empresa como cumplido y fervoroso cristiano pasó el rey de Castilla á visitar el sepulcro del santo apóstol Santiago, á quien dirigió por espacio de tres dias y tres noches humildes y fervientes oraciones implorando por su intercesion el auxilio divino en favor de las armas españolas. Hecho esto, volvió á poner sitio á Coimbra (enero de 1068), lleno de esperanza y de fé. No le fué, sin embargo, la toma de la ciudad tan fácil como acaso se habria imaginado. Costóle siete meses de asedio, al cabo de los cuales el hambre y la penuria, á lo que se cree, obligaron á

(1) Mon. Sil. Chron. n. 85 y 86. grada, tom. 14.—Ribeiro, Dissert.

(2) Id. n. 87.—Chron. Conimbric. pág. 337.—Florez, Esp. Sagr. tom. 14. p. 90 y siguientes. Otros difieren la conquista de Coimbra hasta el año 1064.—Los anotadores de Mariana en la edicion de Valencia dicen: «Las antiguas crónicas cuentan que en la mezquita mayor de Coimbra despues de su purificacion fué armado caballero Rodrigo Diaz de Vivar llamado el Cid, por el rey Fernando, y describen el ceremonial de esta funcion.

los sitiados á pedir capitulacion (24 de julio), que el monarca cristiano les otorgó, fijándose en los dos dias siguientes las condiciones, reducidas á que los habitantes entregarian la plaza al monarca cristiano, saliendo ellos con sus mugeres y sus hijos y el dinero necesario para su viage. Fueron, no obstante, mas de cinco mil sarracenos entregados al vencedor en calidad de cautivos, y el domingo 26 de julio hizo su entrada solemne en Coimbra, acompañado de la reina doña Sancha, de los obispos de Compostela, Lugo, Viseo y Mondoñedo, y de otros principales personajes⁽¹⁾.

Dueño Fernando de Coimbra, encomendó el gobierno de la ciudad y su comarca á un tal Sisnando, que en su juventud habia sido hecho prisionero en Portugal por Ebn Abed rey de Sevilla; en cuya ciudad habia llegado por su mérito y sus luces á obtener de tal modo el favor del emir, que ademas de haberle confiado éste importantes cargos, vino á hacerle su mas íntimo consejero. Habiase puesto despues

(1) Chron. Complut. p. 316.—Mon. Silens. n. 89.—Florez, Esp. Sagr. tom. 14, p. 90 y siguientes. Otros difieren la conquista de Coimbra hasta el año 1064.—Los anotadores de Mariana en la edicion de Valencia dicen: «Las antiguas crónicas cuentan que en la mezquita mayor de Coimbra despues de su purificacion fué armado caballero Rodrigo Diaz de Vivar llamado el Cid, por el rey Fernando, y describen el ceremonial de esta funcion. Lo cierto es que en la escritura de Lorbaon confirma el Cid, siendo esta la primera memoria verídica que de él se encuentra (tom. III., pág. 280 nota).» La escritura que se cita es de una gratificacion que hizo el rey á los monges de Lorbaon por el socorro de viveres que le suministraron para el sitio de Coimbra, que publicó en castellano Sandoval en los *Cinco Reyes*, p. 42.

Sisnando en relaciones con el rey de Castilla y de Leon, y como Sisnando conocia bien la religion, las costumbres y la lengua de los árabes, parecióle al rey á propósito para gobernar así á los cristianos como á los musulmanes que quedaron en la jurisdiccion y distrito de Coimbra, donde les permitió seguir viviendo bajo ciertas condiciones. Sisnando gobernó sábiamente aquel territorio, haciéndose respetar igualmente de mahometanos y cristianos, bajo el título que adoptó de *alvasir*, españolizando el *vazzir* de los árabes. Bajo la administracion de este singular personage fué agrandada y embellecida Coimbra con magníficos monumentos.

Fernando volvió á dar gracias al apóstol Santiago por el feliz éxito de su empresa, y regresando á Leon celebró una asamblea de magnates para deliberar, al modo que lo hizo en otro tiempo Ramiro II., á qué punto de los dominios mahometanos convenia llevar la guerra. Tomado el competente acuerdo, salió el ejército cristiano á campaña la primavera siguiente (1059), y tomó á San Esteban de Gormaz, tan disputada dos siglos hacia por musulmanes y cristianos, á Vadoregio, Aguilar y Berlanga. Prosiguió hacia Medinaceli, destruyó castillos y poblaciones, derribó las cabañas ó aduares que los sarracenos tenian para proteger y guardar los ganados, demolió la línea de atalayas que de trecho en trecho habian construido, pasó la frontera de Cantabria (1060), y revolviendo

otra vez hacia el reino de Toledo, traspuso á Somosierra, taló los campos de Uceda y Talamanca, recogiendo rebaños, cautivando hombres, mugeres y niños, llevando la devastacion por todas partes, y no dando reposo ni á los musulmanes ni á sus soldados. Guadálajara, Alcolea, Madrid, todas las poblaciones musulmanas situadas en los valles ó á las márgenes del Henares, del Jarama y del Manzanares, fueron teatro de las terribles correrías del monarca y ejército castellano, que por último puso estrecho cerco á la importante ciudad de Al-Kalaa-en-Nahr (altura ó fortaleza del rio), de que le vino el nombre que hoy tiene de Alcalá de Henares.

Habia ya el rey de Castilla desmantelado á hierro y fuego los edificios exteriores, ya el ariete habia desmoronado una parte de sus muros, cuando en tal aprieto despacharon los sitiados una embajada al rey de Toledo, que lo era entonces Al Mamun, suplicándole los libertase por cualquier medio del rudo enemigo que en tan apretado trance los tenia, y que lo hiciese pronto si no queria que á la pérdida de Alcalá signiese la de todo el reino de Toledo. Hecho cargo Al Mamun del peligro, y escuchando los consejos de los mas prudentes, reunió una inmensa cantidad de oro y plata acuñada, telas y vestidos riquísimos, y habiendo obtenido un salvoconducto del monarca cristiano, pasó muy cortesmente en persona al campo del rey, y admitido á su presencia le rogó que

aceptase aquellos presentes y que levantára mano en la devastacion de las fronteras de su reino. Aun hizo mas el musulman toledano. Para mover al rey de Castilla á que dejase mas pronto en paz sus dominios, le dijo que él y sus estados quedaban desde aquel momento bajo la proteccion y amparo del monarca leonés. Fernando, si bien no confiaba mucho en las palabras del sarraceno, como que de todos modos por ser llegada la estacion fria pensaba regresar á sus dominios, aceptó el presente y la oferta, y volvió cargado de botin á Tierra de Campos, como en otro tiempo Alfonso III. se habia retirado cargado de riquezas de debajo de los muros de Toledo ⁽¹⁾.

Aprovechó Fernando aquel periodo de reposo dedicándose á las mejoras interiores de su reino: restauró á Zamora, arruinada como Leon en los calamitosos tiempos de Almanzor, y en esta última ciudad reconstruyó de cal y canto la iglesia de San Juan Bautista, ya reedificada de tierra cuarenta años antes por Alfonso V. que habia hecho colocar en ella los cuerpos de los reyes sus predecesores. Fernando, á ruegos de la reina Sancha, que tenia especial devocion á este templo, destinóle tambien para panteon suyo y

(1) Este ofrecimiento de Al Mamun, que el monge de Silos expresa en estos términos: *se el regnum suum suæ potestati commissum dedit*, y que parecia constituirle en vasallo ó tributario del rey de Castilla, ha sido sin duda el que dió ocasion á algunos escritores á suponer que Al Mamun habia obrado como aliado de Fernando en las campañas sucesivas.

de su familia, y dispuso que fuesen trasladadas á él las cenizas de su padre Sancho el Mayor y de su cuñado Bermudo. Terminadas estas obras, y deseando el piadoso monarca aumentar la devocion del pueblo á aquel privilegiado santuario, determinó enriquecerle con las reliquias de los santos que existian en las ciudades dominadas por los infieles. Y como no esperase adquirirlas de otro modo que por la fuerza de las armas, juntó Fernando poderoso ejército, y encaminóse con él por la Extremadura y Lusitania y entróse por tierra de Andalucía esparciendo la devastacion y el terror. Intimidado Ebn Abed el de Sevilla, de quien eran los estados invadidos, y á quien hemos visto en guerra casi incesante con los de Málaga y Granada, salió al encuentro del castellano llevando consigo ricos presentes, que ofreció al monarca cristiano rogándole los aceptase y que dejara de hostilizar sus tierras y súbditos. Consultó Fernando con los prelados y principales caudillos la respuesta que deberia dar, y como estos le aconsejasen que usara de mansedumbre hasta con los enemigos de la fé, aceptó el ofrecimiento del musulman, mas no sin exigirle otro tributo de bien diferente índole, el que permitiera trasladar el cuerpo de la santa virgen y mártir Justa que desde la persecucion de Diocleciano yacia en aquella ciudad. Accedió gustoso Ebn Abed á la demanda, satisfecho de haber conjurado á tan poca costa la tempestad que le amenazaba, y hechas las

paces tornóse Fernando con su victorioso ejército á Leon (1062).

Desde allí despachó á Sevilla una solemne embajada, compuesta del obispo de Leon Alvito, de Ordoño de Astorga, del conde Munio ó Nuño, y de otros dos nobles personajes llamados Gonzalo y Fernando, con buena escolta, para que llevasen á ejecución lo pactado con Ebn Abed. Presentáronse estos ilustres comisionados al rey musulmán, el cual les dijo que en efecto se acordaba de lo ofrecido, pero que era el caso que el cuerpo de la mártir Justa no se encontraba. Vanas fueron también las diligencias y pesquisas que por hallarle hicieron los enviados cristianos, lo que les dió no poco desconsuelo. Cuentan que en tal aflicción el obispo Alvito exhortó á sus compañeros á que por tres dias consecutivos de ayuno y oraciones procurasen mover á Dios á que no hiciese inútil su piadoso viage, revelándoles dónde se ocultaba el sagrado tesoro que iban buscando. Parecióles bien el pensamiento, y practicáronlo así los enviados del rey. La crónica añade que las tres noches se le apareció en sueños al venerable Alvito un hombre con una respetable cabellera blanca, ceñida su frente con la mitra episcopal, que con gran magestad y dulzura le dijo: «Sé que el intento con que tú y tus compañeros habeis venido es el de llevar el cuerpo de la bienaventurada mártir Justa. Mas ten por cierto que la voluntad de Dios es que las reliquias de la santa queden aquí

para consuelo y amparo de esta ciudad. Sin embargo, no quiere la bondad divina que os volvais con las manos vacías á vuestra patria, pues desde ahora os concede mi propio cuerpo; tomadle pues, y llevadle á la corte de Leon.» Preguntó entonces Alvito á aquel venerable prelado quién era, y él respondió: «Yo soy el doctor de las Españas, Isidoro, que fui en otro tiempo obispo de esta ciudad.» Y dicho esto, desapareció el santo anciano con toda la magestad y claridad que traía. Dicen también que en la segunda aparición señaló el santo obispo el lugar donde estaba su sepulcro hiriendo la tierra tres veces con el báculo que llevaba, y que en confirmacion de ser verdad cuanto decia pronosticó á Alvito que hallado el sepulcro y sacadas las reliquias, le atacaria una enfermedad, la cual á los pocos dias le enviaria á participar con él de la corona de la gloria ⁽¹⁾.

Todo, dice la crónica, se verificó tal como el venerable prelado godo lo habia revelado al de Leon. La caja de enebro en que reposaban los restos de San Isidoro fué hallada en el sitio por él indicado, llenando de suavísima fragancia á todos los circunstantes como si hubiera caído sobre ellos un blando rocío de

(1) El monge de Silos, que fué el primero que nos trasmitió la historia de este glorioso y extraño suceso, interrumpe varias veces su narracion para decir: «Hablo cosas prodigiosas, pero contadas por los mismos que intervinieron en ellas: *stupenda loquor, ab his tamen qui intersuere prolata.*» «Cuento, esclama otra vez, cosas maravillosas, pero que recuerdo haber oido á los mismos que las presenciaron: *mira loquor, ab his tamen, qui intersuere, me remiscor audisse.*» Véase también Risco en la Vida de San Alvito.

bálsamo; el obispo Alvito murió á los siete dias en Sevilla, despues de recibir los santos sacramentos y de haber encomendado la traslacion del santo cuerpo á sus compañeros. Obtenida, pues, la venia del soberano musulman, fueron las sagradas reliquias del Santo Isidoro, junto con el cuerpo del obispo Alvito, trasladadas á Leon, donde el rey Fernando les tenia ya preparado un recibimiento solemne y pomposo, y aun él mismo con la reina y sus hijos, seguido del clero y el pueblo salió de la ciudad en procesion á recibir los sagrados cuerpos. El de San Isidoro fué depositado en la iglesia de San Juan Bautista, que desde aquel dia tomó el nombre y advocacion de aquel santo, y el del obispo Alvito lo fué en la de Santa María de Regla. El dia de la ceremonia el rey agasajó con un banquete á todo el clero leonés, en el cual para dar un testimonio público de humildad y de devocion, él mismo, la reina y los príncipes sus hijos sirvieron á los convidados á la mesa, haciendo los oficios no solo de domésticos ó criados, sino los reservados á los esclavos de ambos sexos que se cogian en la guerra. Acaeció el ruidoso suceso que acabamos de referir en diciembre de 1063 (1).

Con motivo de la ceremonia de la traslacion de

(1) Pueden verse las Actas de esta traslacion publicadas por el maestro Florez.—Mariana, que ademas de sus muchos errores históricos en esta época, confunde y trueca á cada paso lastimosamente la cronología, pone el suceso de la traslacion del cuerpo de San Isidoro antes del concilio de Coyanza celebrado en 1050.

las reliquias de la lumbrera de la iglesia goda San Isidoro, habian acudido á Leon los principales personajes de ambos reinos, y aprovechando esta ocasion el piadoso rey don Fernando, y sintiéndose ya en edad avanzada, reunió una asamblea mas política que religiosa, á fin de repartir el reino entre sus hijos, para que á su muerte pudieran vivir con tranquilidad y en buena armonía. En esta distribucion, en que tal vez se propuso imitar á su padre, no considerando bien los males y excisiones que aquella habia ocasionado entre los hermanos, adjudicó á Alfonso, que aunque no era el mayor era á quien amaba con preferencia, todo el reino de Leon con los Campos Góticos ó Tierra de Campos; á Sancho, que era el primogénito, le dió el reino de Castilla; hizo rey de Galicia á García, el mas jóven de todos; á Urraca, su hija mayor, le confirió en dominio absoluto la ciudad de Zamora, y á Elvira la de Toro, ambas sobre el Duero, con todos los monasterios de su reino para que pudiesen vivir en el celibato hasta concluir sus dias (1).

Decoró el piadoso monarca con lujo y esplendidez la iglesia ya dicha de San Isidoro; pasábase en ella muchas horas en oracion, y solia mezclar su voz con las de los sacerdotes que cantaban las alabanzas divinas. Cuando iba al monasterio de Sahagun asistia con los monges al coro, y mas de una vez tomó humilde-

(1) Mon. Sil. Chron. n. 403.—Pelag. Ovet. Chron.

mente asiento con ellos á la hora de la refeccion, participando como si fuese otro monge de la vianda preparada para la comunidad ⁽¹⁾. Su mano liberal estaba siempre abierta para socorrer á sacerdotes y clérigos, á las vírgenes consagradas á Dios, y en general á todos los pobres cristianos menesterosos.

Réstanos hablar de la última campaña contra los infieles con que este gran monarca terminó su glorioso reinado. Era, por el cotejo de las historias árabes y españolas, el año 1064, cuando penetró Fernando con su ejército en la antigua provincia Celtibérica, infundiendo nuevamente el terror en los sarracenos, talando campiñas, saqueando lugares, incendiando y destruyendo cuanto encontraba fuera de las ciudades amuralladas, llegando en su escursión delante de la ciudad de Valencia. Gobernaba este reino el débil Abdelmelik Almudhaffar, hijo de Abdelaziz, ó por mejor decir, le gobernaba en su nombre su pariente Al Mamun el de Toledo. Sitiáronla los castellanos y leoneses. Un día fingieron estos levantar el sitio como quienes se retiraban convencidos de su impotencia para conquistar la ciudad. Cayeron los valencianos en el lazo, y haciendo una salida, vestidos con sus

(1) Cuenta el Silense que en uno de estos dias, habiendo bendecido el abad en las ánforas el vino que se habia de servir á la mesa, segun costumbre, hizo presentar al rey una copa de aquel vino. El rey la dejó caer por descuido, y como era de cristal se

rompió en mil piezas. Entonces llamó á uno de sus pages, y le mandó llevar la copa de oro en que él habia ordinariamente, y poniéndola sobre la mesa la regaló á los padres en reemplazo de la que habia roto.

trages de gala como si fuesen á divertirse con el ejército cristiano, dieron en la emboscada que Fernando astutamente les habia preparado cerca de Paterna, y acometidos de improviso por los cristianos, gran número de ellos fueron acuchillados, siendo bastante afortunado su rey Abdelmelik para salvarse por la fuga ⁽¹⁾. Volvió Fernando despues de este triunfo á estrechar el cerco de Valencia, y estaba á punto ya de tomarla, cuando hizo la mala suerte que le acometiera una enfermedad que le obligó á retirarse otra vez á Leon, donde no mucho antes habia hecho que fuese trasladado el cuerpo del mártir San Vicente, hermano de las santas Sabina y Cristeta que se hallaban en Avila.

Llegó, pues, Fernando á Leon un sábado, 24 de diciembre de 1065. A pesar de su quebrantadísima salud su primera visita fué al templo de San Isidoro, donde arrodillado ante los sepulcros de los santos mártires hizo fervorosa oracion á Dios por su alma. De allí pasó al palacio á reposar algunas horas. A la

(1) De esta sorpresa de Paterna, de que no hablan nuestras crónicas, nos ha dado noticia el árabe Ibn-Bassán, escritor contemporáneo, MS. de Gotha, citado por Dozy.—A la nueva de este desastre fué cuando acudió Al Mamun el de Toledo á Cuenca á proteger á su pariente Abdelmelik, y considerándole poco hábil para defender la ciudad contra tan poderoso enemigo como Fernando, le depuso y encerró en la fortaleza de Cuenca, alzándose con su reino luego que levantó el sitio Fernando, segun en el anterior capítulo expusimos. Asi, pues, segun Ibn-Bassán, el escritor mas inmediato á los sucesos que se conoce, Al Mamun no fué á Valencia como aliado de Fernando, que es lo que se habia creído hasta ahora, sino como protector de Abdelmelik, aunque la ambicion le convirtió pronto de auxiliar en usurpador de su reino.—Almakari habla tambien de la batalla de Paterna, que indica igualmente Ebn Hayan.

media noche se hizo conducir otra vez á la iglesia, donde asistió á la misa solemne de la natividad del Señor, y despues de haber comulgado hubo que llevarle en brazos á su lecho. A la mañana siguiente al apuntar el día, presintiendo cercano su fin, convocó á los obispos, abades y religiosos de la córte para que fortificasen su espíritu en aquel trance supremo, y todavía otra vez se hizo trasportar al templo en compañía de aquellos venerables varones, revestido de todas las insignias reales. Allí arrodillado ante el altar de San Juan, alzando los ojos al cielo, pronunció con voz clara y serena estas memorables palabras: «Vuestro es el poder, Señor, vuestro es el reino, vos sois sobre todos los reyes, y todos los imperios del cielo y de la tierra están sujetos á vos. Yo os devuelvo, pues, el que de vos he recibido, y que he conservado todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad. Ruegoos, Señor, os digneis sacar mi alma de los abismos de este mundo y recibirla en vuestro seno.» Y dicho esto, se desnudó del manto real, se despojó de la corona de piedras preciosas que ceñía su frente, y recibiendo el oleo santo de mano de los obispos, trocó el manto por el cilicio y la diadema por la ceniza, y prosternado y con lágrimas imploró la misericordia del Señor, á quien entregó su alma á la hora sesta del tercer dia de pascua, fiesta de San Juan Evangelista. Tal fué y tan ejemplar y envidiable la muerte del primer rey de Castilla y de Leon, á los

28 años y medio de haber ceñido la segunda corona, cerca de 31 de haber llevado la primera. Fué enterado en el panteon de la iglesia de San Isidoro que él habia hecho construir ⁽¹⁾.

Bajo el cetro vigoroso de Fernando I. adquirieron gran preponderancia los reinos cristianos de Castilla y de Leon, y su reinado preparó la gloria de los siguientes. Con justicia, pues, es llamado Fernando el Magno el que fué uno de los príncipes mas gloriosos que cuenta la España ⁽²⁾.

(1) Mon., Sil., Chron. n. 106. —Yepes, Coron. de la órden de San Benito.—Sandoval, Cinco Reyes.—Florez, Esp. Sagr., y muchos otros.—La Reina doña Sancha, señora no menos piadosa, prudente y amable que su marido, le sobrevivió solo dos años, y fué enterrada tambien en la misma iglesia de San Isidoro al lado de su esclarecido esposo, como se ve por los epitafios grabados en sus tumbas.—Anales Complut., Compostel. y Toledanos.

(2) Hemos omitido el inverosímil é infundado suceso que cuenta la Crónica general y adoptó de lleno Mariana (l. IX., c. 5.), de la reclamacion que en tiempo de este rey hicieron el papa y el emperador de Alemania para que Castilla se reconociera feudataria de aquel imperio, de las córtes que para deliberar sobre este extraño negocio, dice, reunió el rey Fernando, del razonamiento que en ellas hizo el Cid, de la resolucion que á consecuencia de su discurso se tomó, del ejército de diez mil hombres que al mando de

Rodrigo de Vivar pasó á Francia, de la embajada que aquel recibió en Tolosa, del asiento que allí se hizo para libertar á España del pretendido feudo, etc., por estar ya reconocido y probado de fabuloso todo este conjunto de bellas invenciones por los mejores críticos. Ferreras dijo ya: «Esta pretension no es mas que cuento, porque yo no he hallado, ni en los escritores germánicos, ni en otros de aquella edad rastro de tal intento, etc.» Los ilustradores de la edicion de Valencia dijeron tambien hablando de lo mismo: «Pero nuestros historiadores mas atinados han desechado como fingida toda esta narracion.» Y el doctor Sabau y Blanco dice con su acostumbrado desenfado sobre este capitulo de Mariana: «Todo este cuento es tomado de la Crónica general de España, que no tiene fundamento en ningun autor que merezca fé. Ninguno de los escritores de este tiempo hace mencion de semejante suceso; y asi debe despreciarse toda esta narracion de Mariana como fabulosa.»